

# **Machos desnudos ante machos: pornografía gay, mercado y masculinidad**

Dr. C. Roberto Garcés Marrero

## **Resumen:**

El estudio de la pornografía es eludido a menudo por razones moralistas. Sin embargo, es consumido ampliamente y como cualquier producto cultural difunde y reproduce códigos que pueden legitimar normas sexistas. Descubrir cómo esto sucede es una tarea que no debe ser dejada de largo. En esta investigación se hace un acercamiento a esta cuestión a partir de un análisis de la pornografía gay y la representación de la masculinidad presente en la misma.

Resulta la pornografía un controvertido producto cultural, curioso híbrido de voyeur y exhibicionista: ¿industria?, ¿kitsch?, ¿arte?, ¿mero divertimento o especie de dildo visual? Desde la aurora de los tiempos, en las venus del paleolítico, en las vasijas griegas o en el Osiris itifálico es posible encontrar claras referencias sexuales, que a menudo tomaban los senos, la vulva o el pene de manera hipertrófica, como un modo de exaltar la fecundidad expresada en un plano humano. Sin embargo este aspecto ritual de las expresiones del sexo, además de ser un lugar común se aparece como una justificación moderna: como un modo de tranquilizar la moralina actual con la idea de que los antiguos presentaban “desvergonzadamente” sus órganos sexuales con un sentido religioso, no como un fin en sí mismo. Es cierto, en parte, pero los frescos de los lupanares de Pompeya muestran que en la Antigüedad también podía existir un modo, a menudo muy explícito, de expresar y entender estas cuestiones, prosaísmo que incluso –heredado y dignificado por la “alta cultura”- se puede percibir en el Satiricón de Petronio o en los versos de Catulo. Según Rafael Acosta etimológicamente el término *porno* se deriva *porné* (prostituto/a) y en sus inicios se refirió a los escritos que narraban prácticas de prostitución, extendiéndose paulatinamente a todo aquello que describiese las relaciones sexuales sin amor o relativo a los genitales en acción. (1)

¿Era esto pornográfico? Quizás un auspicio de su génesis, pero resulta imposible hablar de esto, al menos en su sentido contemporáneo, antes del período finisecular decimonónico: la pornografía tal como es entendida ahora va indisolublemente unida a la aparición de la fotografía y el cine. Antes, circunscrita a los dibujos obscenos y a manifestaciones marginales de la

literatura, como el marqués de Sade, todavía preservaba una cierta pretensión artística. Sin embargo cuando los cuerpos se desnudan y copulan ante el indiscreto ojo de la cámara, sea fotográfica o cinematográfica, lo pornográfico surge en todo su descarnado esplendor con las dos características que estas cámaras pueden darle: primero, su carácter puramente realista, incluso hiperrealista –exento de aspiraciones a espiritualidad alguna-. Como apunta el ya referido Rafael Acosta:

La sensación no conocida, hasta la aparición de la fotografía, de que se apreciaban cuerpos reales, cuerpos de mujeres desnudas que existían en la vida real, le confirió al tema de la representación icónica en el arte una dimensión peculiar y desconocida. (2)

En segundo lugar, la posibilidad industrial de la producción seriada, se tradujo en un amplio acceso a cantidades ingentes de público. No es de extrañar que ya en los años veinte y treinta del siglo pasado existiese una amplia producción de este tipo de filmes.

Esto se puede comprender dentro del contexto capitalista que como Marcuse sostiene propone la “desublimación institucionalizada” o “controlada”, que a partir del menor gasto de la fuerza de trabajo facilitada por la automatización del proceso de producción abre un espacio a la energía libidinal, pero deserotizándola e intensificándola en tanto energía sexual localizada genitualmente. (3)

Se ha dicho a menudo que la civilización industrial avanzada opera con un mayor grado de libertad sexual; “opera” en el sentido que esta llega a ser un valor de mercado y un elemento de las costumbres sociales. Sin dejar de ser un instrumento de trabajo, se le permite al cuerpo exhibir sus caracteres sexuales en el mundo de todos los días y en las relaciones de trabajo. Este es

uno de los logros únicos de la sociedad industrial, hecho posible por la reducción del trabajo físico, sucio y pesado; por la disponibilidad de ropa barata y atractiva, la cultura física y la higiene; por las exigencias de la industria de la publicidad, etc. Las atractivas secretarias y vendedoras, el ejecutivo joven y el encargado de ventas guapo y viril, son mercancías con un alto valor de mercado, y la posesión de amantes adecuadas –que fuera una vez la prerrogativa de reyes, príncipes y señores– facilita la carrera de incluso los empleados más bajos en la comunidad de los negocios. (4)

Esta mercantilización del cuerpo resultó el caldo de cultivo perfecto para la pornografía que en tanto industria se veía lanzada por las nuevas técnicas, lo cual era coherente con la política general del sistema de abrir espacios a la libre expresión instintual tanto en el plano sexual como en otros, que permitiera la ilusión de que los deseos –incluso los más ocultos– podrían ser realizados, garantizando de esta manera la sumisión a la estructura sistémica y debilitando cualquier conato de protesta.

Tal fue el momento en que la pornografía surgió entre las nubes del nuevo opio que el capitalismo facilitaba. Desde entonces hasta la actualidad existe un amplio debate sobre el carácter artístico de la pornografía: la película *Shortbus* (2006) de John Cameron Mitchell es un claro ejemplo de la presentación evidente del acto sexual dentro del guión. La distinción entre lo erótico y lo pornográfico se hace ambigua entonces; pero como dice Jerzy Ziomek la falta de ilusiones, de la recreación artística, cambia de categoría estética a la obra haciéndola pasar de lo erótico a lo pornográfico. El mero hecho de introducir un recurso como la comicidad despornografiza la obra. (5) Este mismo autor apunta hacia otro de los puntos de distinción de lo pornográfico: su relación inmediata con el kitsch, del que asume sus recursos técnicos, su baratura, su accesibilidad y sobre todo su legibilidad. (6)

La pornografía es un caso extremo de facsimilación, que se efectúa tanto en la recepción simplificante como en el comunicado pobre. Ese mismo comunicado, hablando con propiedad, no le deja al receptor ninguna oportunidad. Es posible vulgarizar para sí, en la recepción, los desnudos de Rembrandt, pero no es posible proceder la inversa: elevar mediante una lectura ennoblecedora algún “cinéma- cochon”. Solo se puede rechazarlo. Pero cuando se lo admite, hay que aceptar el papel del que está siendo engañado. No del que ha sido engañado, sino precisamente del que está siendo engañado constantemente, que quiere hacerse la ilusión de que el comunicado multiplicado, policopiado industrialmente, está dirigido personalmente a él. De que ante él y para él se desnudan las hermosas muchachas del mundo. (7)

Pero no es el carácter estético de lo pornográfico –o la escabrosa cuestión de cuál es su efecto en el espectador- el derrotero hacia el cual se dirige el presente artículo sino a dilucidar de qué manera en la pornografía, especialmente en la de temática gay se entiende y se manifiesta la(s) masculinidad(es).

¿Qué es la pornografía? La definición de la misma ha sido objeto de enconadas polémicas dentro de las cuales es innecesario introducirse. Por lo pronto a lo largo de estas páginas se considera a la pornografía como la manifestación explícita de desnudos en función del acto sexual, con un fin comercial exclusivo. Es decir, lo pornográfico no está como parte de una historia, es la historia que se quiere contar, la cual puede ser expresada a través de diferentes manifestaciones artísticas: literatura, fotografía, cómics, dibujos animados (como los hentai japoneses), etcétera y que en el presente caso, como ya se ha expresado se limitará a la filmografía de contenido gay debido a la insuficiente cantidad de estudios sobre este tema –sobre todo en Cuba- y buscando dilucidar cómo la imagen de la “masculinidad” es concebida en una producción industrial cuyo público particular es considerado estereotipadamente como “no-masculino” de acuerdo a patrones

heteronormativos y machistas. Esto se hace a través del análisis en primer lugar de los elementos constitutivos de la pornografía como industria y luego del producto filmico como tal.

La industria pornográfica gay está ampliamente diseminada por el mundo, aunque sus puntos focales de producción podrían ser concentrados en Estados Unidos, Canadá, Brasil y la República Checa, su circulación y consumo es prácticamente universal. Miríadas de sitios web se encargan de distribuir los videos que pueden ser descargados con relativa facilidad a precios accesibles o incluso gratis y cuyos cuidados respecto al acceso de los mismos por parte de los menores de edad son poco estrictos.

Existe también un sólido sistema de porno-stars, donde los actores más famosos son publicitados y vendidos a partir de videos promocionales, fotografías, espectáculos en discotecas de amplia convocatoria de público y que además son replicados en un nivel menos explícito en páginas de redes sociales como Facebook o Twitter.

En muchas de estas páginas el producto se clasifica de acuerdo a preferencias estándares como interracial, amateur, etcétera. De esta manera, además de abarcar la mayor cantidad posible de consumidores también cumple la función de clasificación y normativización de los gustos personales, además de la normalización de preferencias parafilicas o que lindan con la parafilia como el sadomasoquismo, el fetichismo o la pedofilia.

Según Rafael Acosta el cine porno se caracteriza por contenidos monotemáticos y repetitivos, el esquematismo psicológico de los personajes y la pobre calidad formal de guiones y argumentos. (8) En el caso concreto de la

pornografía gay la caracterización del personaje, de manera general, es casi inexistente, se indica a partir del vestuario que suele ser muy convencional exceptuando los casos en que se quieren destacar profesiones socialmente aceptadas como masculinas (militares, cowboys, toreros, sacerdotes, plomeros, jardineros), lo cual puede ser reforzado desde una escenografía por lo general inocua pero que insiste una y otra vez en espacios como gimnasios, lugares deportivos o militares.

De antemano se supone que la actuación sexual ha de ser inusitada, para lo cual se recurre a toda una serie de recursos. Al respecto María Elvira Díaz Benítez afirma:

Lo espectacular hace parte de los valores estéticos de la pornografía en general. Los individuos en este universo necesitan saber desempeñarse de una manera “grandilocuente” en el acto sexual. Buen desempeño es capital simbólico, puede aumentar el prestigio de las personas dentro de las redes del porno. Es un factor que hace que tanto la performance como la película sea considerada buena o mala. (9)

De acuerdo a esta pluralidad de gustos que el producto debe satisfacer, los actores y las maneras en que interactúan están sometidos a variaciones, sin embargo presentan regularidades muy marcadas. En primer lugar, el falocentrismo es la premisa principal de todo el proceso, desde la selección de los actores hasta la interacción, gira alrededor del pene y sus dimensiones. Mientras mayor sea más promoción tendrá y el acto sexual prescinde prácticamente del resto del cuerpo para circunscribirse a la zona púbico- anal y a los pezones de pectorales hiperdesarrollados. Los primeros planos son dirigidos mayoritariamente hacia esa zona desde diferentes ángulos sobre todo

a partir del momento de la penetración. Tal como dice el investigador Giménez Gatto:

El correlato formal de la eyaculación –que funciona como el significado único del porno, su alfa y omega- es el primer plano. Un lenguaje de la proximidad, una obsesión por la visibilidad del sexo que se expresa, a nivel formal, en el plano cerrado y sus sinónimos porno, el *medical shot* (plano médico), una mirada genital y clínica del sexo, similar a una visita al ginecólogo o al urólogo y el *meat shot* (plano de carne) una mirada fragmentaria y fálica sobre unos cuerpos sin rostro, objetivados y reducidos a la carnalidad de la penetración (vaginal, anal, oral). No es casual que los *extreme close up* de la penetración reciban el nombre de *meat shots* y no *flesh shot*, el cuerpo pornográfico parece producir un placer más vinculado a lo gastronómico que al carnal. (10)

Una eyaculación profusa debe rematar el proceso. Algunos autores como el precitado Fabián Giménez Gatto y María María Elvira Díaz Benítez lo consideran el signo distintivo de la discursividad pornográfica actual. (11)

Otro elemento de gran importancia: el gran pene debe ser portado por un cuerpo cuyos caracteres sexuales masculinos a menudo se acentúan, en todo caso músculos pronunciados, abdomenes cuadriculados, fuertes brazos, anchas espaldas. Exceptuando quizás cuando participan jóvenes amateurs en los cuales los rasgos se estilizan, en el resto de los casos en la pornografía de contenido gay se privilegia de manera casi exclusiva una imagen masculina tradicional hipertrófica y se evita cuidadosamente cualquier gestualidad ambigua, cualquier indeterminación genérica: el andrógino, a menos que sea casi adolescente tiene vetado el acceso al mundo de los porno stars. Es necesario destacar que estos jóvenes estilizados ya mencionados no son



empleados como figuras femeninas sustitutivas sino como una prolongación de la efebofilia en tanto fantasía que prolonga el mito del macho desflorador que se viriliza aún más al desvirgar jóvenes varones.

Otro elemento significativo es la interacción entre los participantes que gira en la dinámica sometimiento- sumisión: la expresión extraverbal elude cualquier alusión a la ternura o al re juego erótico preliminar. Rostros dominadores, actitudes castigadoras, movimientos fuertes durante la penetración constituyen el monótono guión en los cuales los cambios de postura proceden de la intención de mostrar mejor ese momento “penetracional” que constituye el sentido y el clímax del film para concluir con una eyaculación externa cuyo propósito es que sea vista: el placer no es concebido para el actor, sino para el espectador; casi parece una perogrullada pero indica de alguna manera con esta fuerte carga visual el público presupuesto: el macho voyeur, quien se espera según estereotipos esencialistas que reaccione de manera biológica a lo visto más que a lo supuesto. Un sentido de la vista que sugiere ilimitadas posibilidades, inmediatamente desmentidas –como sostiene Ziomek- por la imposibilidad patente que manifiesta el tacto de aprehender el cuerpo cosificado y enmarcado por la presencia de equipos donde se proyecta la imagen (12) y valdría agregar, por la ausencia de la estimulación olfativa, tan importante en cuestiones sexuales: verdadera sombra de sombras.

Resulta importante destacar una cuestión: la pornografía gay (hecha por hombres y destinada a ser consumida por hombres) generalmente no polariza en los roles de manera dicotómica. Usualmente no existe un pasivo femenino ni un activo masculino. A partir de las características externas de su imagen de macho cualquier actor podría hablando de manera hipotética, cumplir cualquier

rol y de hecho suelen cambiarlo dentro de una misma película o en otras. Pero siempre desde una imagen hipermasculina y falocéntrica, desde una *masculinidad excesiva*, como afirma María Elvira Díaz Benítez. (13) Incluso el film a veces puede ser el espacio de invertir las relaciones de poder existentes: el maestro se somete al alumno, el superior al subordinado o el clérigo a su feligrés, pero y se insiste en esta idea, el mismo hecho de que resulte excitante ver trastocar las relaciones transversales de poder, las reafirma.

Pero no son solo las relaciones de poder y la imagen hipermasculina lo que es utilizado en la industria porno. Por su propio carácter industrial precisa de rentabilidad y esto no sería alcanzable sino a través de lo que ya le es familiar a su público; es por esto que la pornografía utiliza los mismos estereotipos y prejuicios imperantes, juega con ellos, los encarna y reafirma para así venderse de mejor manera, lo que no lograría si fuese en contra de los mismos. Por tanto, desde su propia esencia industrial la pornografía no contempla en su programa la emancipación humana ni el desarrollo de una sexualidad plena.

En este sentido se puede comprender mejor el uso que se le da a los actores negros, latinos (sobre todo brasileños) o escasas ocasiones de origen árabe como objetos sexuales de supuesta inagotable energía sexual prolongando de ese modo un mito de evidente base racista, pues reafirma a los no- blancos como juguetes sexuales limitados exclusivamente a ese papel. María Elvira Díaz dice al respecto:

Existe una idea esencialista en la pornografía en cuanto a la “identidad” sexual del hombre negro. En filmes hetero un homosexuales, se espera que sea viril, que posea un pene

grande, que ejerza preferiblemente un rol activo y que sea “bárbaro” en la cama. (14)

Más allá del racismo que se preconiza desde esta producción, todo actor porno coloca su cuerpo como mercancía, sujeto a las presiones de una industria internacional y sometido a las leyes de oferta y demanda del mercado, por lo que podría considerarse a la pornografía como una variante o especie de prostitución en la cual el uso y consumo del cuerpo no se hace de manera directa sino a través de un producto cultural que lo utiliza y los transforma adecuándolo a sus necesidades, es decir a los intereses del público consumidor, los cuales son exaltados, cultivados y satisfechos a partir de estrategias de marketing muy eficientes.

Es posible concluir entonces que la imagen que se busca, se promueve y se vende dentro de la pornografía gay es un tipo de masculinidad hegemónica que no incluye en sí misma la diversidad como opción. ¿Por qué se consume entonces la pornografía? ¿Cuáles pueden ser sus posibles efectos sociales (en el caso que los tuviera)? Son estas preguntas que merecen ser respondidas y que se dejan para futuras investigaciones de aquellos que se encaminen por estos vericuetos de la sexualidad humana. Es importante recordar que como apunta Ziomek: “Eludir la participación en la vivencia erótica auténtica mediante la participación pornográfica sustitutiva es eludir las obligaciones de la condición humana.” (15)

## Referencias:

1. Acosta de Arriba R. Del fauno al sexting, un largo, promiscuo y húmedo viaje. En Sexología y sociedad. Año 17 no. 45, La Habana abril de 2011: 27
2. 1: 29
3. Marcuse H. El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada. Editorial Planeta- De Agostini, Barcelona; 1993: 104
4. 3: 104
5. Ziomek J. La pornografía y lo obscuro. Navarro D (traductor). Criterios no. 25- 28, La Habana enero- diciembre 1990: 14
6. 5: 18
7. 5: 22
8. 1: 29
9. Díaz Benítez M E. Estéticas macho: representaciones de la masculinidad en la pornografía comercial. En Red Iberoamericana y Africana de masculinidades. Biblioteca. Consultado el 24 de septiembre de 2014. Disponible en <http://www.redmasculinidades.com/sites/default/files/archivos/biblioteca/00165.pdf> : 3
10. Giménez Gatto F. Pospornografía. Consultado el 24 de septiembre de 2014, disponible en [http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num5/gimenez\\_gatto.pdf](http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num5/gimenez_gatto.pdf) : 96.

11.10: 97. 9: 5

12.5: 6

13.9: 12- 13

14.5: 17